

## ***Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel***

**Carlos Marx**

**Febrero 1844**

(Publicado en los *Deutsch-französische Jahrbücher (Anales franco-alemanes)*, primer y único número, doble, publicado en Zúrich entre fines de febrero y comienzos de marzo. Tomado de Karl Marx/Arnold Ruge, *Los Anales franco-alemanes*, Ediciones Martínez Roca, SA, Barcelona, 1970, páginas 101-116, con traducción de J. M. Bravo, sin indicación de fuente.)

En Alemania la *crítica de la religión*, en lo esencial ha llegado a su fin, y la crítica de la religión es la condición primera de cualquier crítica.

La existencia profana del error ha quedado comprometida desde el momento en que se ha refutado su *celestial\_oratio pro aris et focis*. El hombre, cuya única realidad fantástica la ha encontrado en el cielo, donde buscaba el superhombre, el reflejo de sí mismo, no se sentirá desde ahora inclinado a encontrar solamente la *apariencia* de sí mismo, el no hombre, allí donde busca y debe necesariamente buscar su verdadera realidad.

El fundamento de la crítica religiosa es: *el hombre hace la religión*; la religión no hace al hombre. Y la religión es, bien entendido, la autoconciencia y el autosentimiento del hombre que aún no se ha ganado para sí mismo o que ya ha vuelto a perderse. Pero el *hombre* no es ningún ser abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es *el mundo de los hombres*, el Estado, la sociedad. Ese Estado y esa sociedad producen la religión, una *conciencia invertida del mundo*, porque Estado y sociedad son un mundo invertido. La religión es la teoría general de ese mundo, su compendio enciclopédico, su lógica en forma popular, su *point d'honneur* espiritualista, su entusiasmo, su sanción moral, su complemento solemne, su razón general de consolación y justificación. Se trata de la *fantástica realización* de la esencia humana, porque la esencia humana carece de verdadera realidad. Enfrentarse a la religión, por lo tanto, es indirectamente un enfrentamiento a *ese otro mundo* que tiene su *aroma* espiritual en la religión.

La miseria *religiosa* es, por un lado, la *expresión* de la miseria real, y por otro, la *protesta* contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado de ánimo de un mundo sin corazón, porque es el espíritu de los estados de cosas carentes de espíritu. La religión es el *opio* del pueblo.

La superación de la religión, en cuanto *ilusoria* dicha del pueblo, es la exigencia de su dicha *real*. La exigencia de abandonar las ilusiones acerca de un estado de cosas es lo mismo que exigir *que se abandone un estado de cosas que necesita ilusiones*. Así pues, la crítica de la religión es, *en germen*, la *crítica del valle de lágrimas* que la religión rodea de un *halo de santidad*.

La crítica no arranca de las cadenas las flores imaginarias para que el hombre soporte las cadenas sin fantasía ni consuelo, sino para que se las sacuda y puedan brotar las flores vivas. La crítica de la religión desengaña al hombre para que piense, para que actúe y organice su realidad como un hombre desengañado y que ha entrado en razón, para que gire en torno a sí mismo y en torno a un sol auténtico. La religión constituye un sol ilusorio que gira en torno al hombre, mientras el hombre no gira en torno a sí mismo.

La *misión de la historia* consiste, por lo tanto, una vez desaparecido el *más allá de la verdad*, en averiguar el *más acá*. Y, en primer término, la *misión de la filosofía*, que

se halla al servicio de la historia, consiste, una vez que se ha desenmascarado la *forma de santidad* de la autoenajenación humana, en desenmascarar esa autoenajenación en sus *formas no santas*. De forma que la crítica del cielo llega a convertirse en crítica de la tierra, la *crítica de la religión* en la *crítica del derecho*, la *crítica de la teología* en la *crítica de la política*.

La siguiente exposición<sup>1</sup> (aportación a ese trabajo) no se refiere directamente al original, sino a una copia, a la *filosofía* alemana del derecho y del Estado, por la sencilla razón de que está circunscrita a *Alemania*.

Si pretendiéramos atenernos al status quo alemán, aunque fuera sólo en el único modo adecuado, es decir de un modo negativo, el resultado seguiría siendo *anacronismo*. La negación misma de nuestro presente político se halla ya cubierta de polvo en el desván de los trastos viejos de los pueblos modernos. Aunque neguemos las coletas empolvadas, seguiremos conservando las coletas sin empolvar. Aunque neguemos los estados de cosas existentes en la Alemania de 1843, apenas nos situaremos, según la cronología francesa, en 1789, y mucho menos todavía en lo que podemos considerar punto crucial de nuestra época.

Se da además el hecho de que la historia de Alemania alardea de un movimiento en el que ningún pueblo del firmamento histórico se le ha adelantado, ni la seguirá. Efectivamente, los alemanes hemos compartido las restauraciones de los pueblos modernos, sin haber tomado nunca parte en sus revoluciones. Hemos pasado por una restauración, en primer lugar, porque otros pueblos se atrevieron a hacer la revolución y, en segundo lugar, porque otros pueblos sufrieron la contrarrevolución, la primera vez porque nuestros señores tuvieron miedo, y la segunda porque no lo tuvieron. Nosotros, con nuestros pastores a la cabeza, sólo una vez nos hemos encontrado junto a la libertad, a saber: *el día de su entierro*.

Una escuela<sup>2</sup> que legitima la vileza de hoy y la de ayer del mismo modo; una escuela que declara acto de rebeldía todo grito del siervo contra el knut, desde el momento en que se trata de un knut cargado de años, tradicional, histórico; una escuela a la que la historia sólo le muestre su *a posteriori*, del mismo modo que el Dios de Israel hizo con su siervo Moisés, en una palabra, la *Escuela histórica del Derecho*, hubiera sido una invención de la historia alemana de no haberse tratado de una invención de ella misma. Es Shylock<sup>3</sup>, pero Shylock envilecido, que por cada libra de carne cortada del corazón del pueblo jura y perjura por las Escrituras, por sus títulos históricos, por sus títulos cristiano germánicos.

Por el contrario, algunos bondadosos entusiastas, germanistas de sangre y liberales por su reflexión, van a buscar nuestra historia de la libertad más allá de nuestra historia, en las selvas vírgenes teutónicas. Pero ¿en qué se distingue nuestra historia de la libertad de la historia de la libertad del jabalí, si sólo se halla en la selva? Además, es bien sabido que cuanto más se interna uno en el bosque, más resuena la voz fuera de este. De modo que, dejemos en paz la selva virgen teutónica.

¡Guerra a las condiciones sociales alemanas! Es cierto que se encuentran *por debajo del nivel de la historia, por debajo de toda crítica*, pero, a pesar de ello, siguen siendo objeto de crítica, como el criminal que, no por encontrarse por debajo del nivel de la humanidad deja de ser objeto del *verdugo*. En lucha contra ellos la crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de la pasión. No se trata del bisturí anatómico, sino de

<sup>1</sup> Marx se refiere aquí a su trabajo *Para la crítica de la filosofía del derecho público de Hegel*, inacabado y publicado póstumamente y que, de acuerdo con las intenciones del autor iba a ser entregado a la imprenta tras la aparición de la Introducción al mismo en los *Anales franco-alemanes*.

<sup>2</sup> La "Escuela histórica del derecho".

<sup>3</sup> Cfr. Shakespeare, *El mercader de Venecia*.

un arma. Su objeto es el *enemigo*, al que no trata de refutar, sino de *destruir*, porque el espíritu de aquellas condiciones de vida ya se ha refutado. De por sí, esas condiciones no son *dignas de ser recordadas*, sino tan despreciables como las *existencias* proscritas. La crítica, de por sí, no necesita llegar a esclarecer, ante sí misma, ese objeto, puesto que ya ha terminado con él. Esa crítica no se comporta como un *fin en sí*, sino simplemente como un medio. Su sentimiento esencial es el de la *indignación*, su tarea esencial, la *denuncia*.

Se trata de describir una sorda presión mutua de todas las esferas sociales, unas sobre otras, de un apático desacuerdo general, de una limitación que se reconoce tanto como se desconoce, encuadrada en el marco de un sistema de gobierno que, viviendo de la conservación de todo lo insuficiente, no es de por sí otra cosa que lo que hay de *insuficiente en el gobierno*.

¡Qué espectáculo tan lamentable! La división de la sociedad llevada hasta el infinito en las razas más diferentes, enfrentadas unas a otras por pequeños problemas, malas intenciones y una brutal mediocridad que, precisamente en razón de su mutua y recelosa posición mutua, son tratadas por sus *señores*, todas ellas sin excepción, aunque con diferentes formalidades, como *existencias sujetas a sus concesiones*. Y hasta eso mismo, hasta el hecho de verse *dominadas, gobernadas y poseídas*, tiene que ser reconocido y confesado por ellas como una *concesión del cielo*. Por otro lado, los señores, cuya grandeza se halla en relación inversa a su número.

La crítica que se ocupa de ese contenido es la crítica en la *refriega*, y en la refriega no se trata de saber si el enemigo es un enemigo noble y del mismo rango, un enemigo interesante, sino que se trata de *zurrarle*. Se trata de no conceder a los alemanes ni un solo instante de ilusión y resignación. Hay que hacer la opresión real más opresora todavía, añadiendo a aquélla la conciencia de la opresión, haciendo la infamia más infamante al pregonarla. Hay que pintar todas y cada una de las esferas de la sociedad alemana como la *partie honteuse* de la sociedad alemana, obligar a esas relaciones anquilosadas a danzas, cantándoles su propia melodía. Hay que enseñar al pueblo a *asustarse* de sí mismo para infundirle *ánimo*. Se satisface con ello una insoslayable necesidad del pueblo alemán, y las necesidades de los pueblos son en su propia persona los fundamentos últimos de su satisfacción.

Y esa lucha contra el *status quo* alemán tampoco carece de interés para el resto de los pueblos modernos, puesto que el *status quo* alemán es la *franca y sincera coronación del antiguo régimen*, y el *antiguo régimen* la *debilidad oculta del Estado moderno*. La lucha contra el presente político alemán es la lucha contra el pasado de los pueblos modernos, y las reminiscencias de este pasado siguen pesando todavía sobre ellos y agobiándolos. Resulta instructivo para esos pueblos a los que nos referimos ver cómo el *antiguo régimen*, que en ellos conoció su tragedia, representa ahora su *comedia*, como el espectro alemán. Su historia fue *trágica* mientras era el poder *preexistente* del mando y la libertad, en cambio, una ocurrencia personal; en una palabra, mientras creía y tenía que creer en su legitimidad. Mientras el *antiguo régimen*, en cuanto orden del mundo existente, luchaba con un mundo en estado sólo de gestación, cometía un error histórico universal, pero no de carácter personal. Por lo tanto, su catástrofe resultó trágica.

Por el contrario, el régimen alemán actual, que es un anacronismo, una contradicción flagrante con todos los axiomas universalmente reconocidos, la nulidad del *antiguo régimen* puesta en evidencia ante todo el mundo, se imagina creer sólo en sí mismo y exige del mundo la misma creencia ilusoria. Si creyera en su propio *ser* ¿acaso iba a esconderlo bajo la *apariencia* de un ser ajeno y buscar su salvación en la hipocresía y el sofisma? No, el *antiguo régimen* moderno no es sino el *comediante* de un orden universal, cuyos *héroes reales* han muerto. La historia es concienzuda y pasa por muchas fases antes de enterrar las viejas formas. La última fase de una forma histórico universal

es su *comedia*. Los dioses de Grecia, un día ya trágicamente heridos en el *Prometeo encadenado* de Esquilo, tuvieron que volver a morir otra vez cómicamente en los coloquios de Luciano. ¿Por qué esa trayectoria histórica? Para que la humanidad pueda separarse *alegremente* de su pasado. Este alegre destino histórico es el que nosotros reivindicamos para las potencias políticas de Alemania.

Sin embargo, en cuanto la moderna realidad político social se ve sometida a la crítica, es decir, en cuanto la crítica se eleva al nivel de los problemas auténticamente humanos, es que ya no se inserta en el *status quo alemán*, pues de otro modo abordaría su objeto, *por debajo* de su objeto. Un ejemplo: la relación entre la industria, el mundo de la riqueza en general y el mundo político es un problema fundamental de nuestra época. ¿Bajo qué aspecto ese problema empieza a preocupar a los alemanes? En forma de *aranceles protectores*, de *sistema prohibitivo*, de *economía nacional*. El germanismo ha pasado de los hombres a la materia y un buen día nuestros caballeros del algodón y nuestros héroes del hierro se vieron convertidos en patriotas. De modo que, en Alemania, se empieza a reconocer la soberanía del monopolio con respecto al interior confiriéndole la soberanía *con respecto al exterior*. Es decir, que en Alemania se empieza por donde se está ya acabando en Francia o en Inglaterra. El viejo y podrido estado de cosas contra el que, teóricamente, esos países se sublevan y que soportan sólo como se soportan las cadenas, se saluda en Alemania como la primera luz del amanecer de un bello futuro, que apenas si se atreve a pasar de la *ladina*<sup>4</sup> teoría a la más implacable de las prácticas. Mientras en Francia e Inglaterra el problema se plantea así: *economía política o imperio de la sociedad sobre la riqueza*, en Alemania, los términos del problema son otros: *economía nacional o imperio de la propiedad privada sobre la nacionalidad*. En Francia e Inglaterra se trata, por lo tanto, de abolir el monopolio, que ha llegado hasta sus últimas consecuencias; por el contrario, de lo que se trata en Alemania es de llevar hasta sus últimas consecuencias el monopolio. En el primer caso se trata de la solución, en el segundo de la colisión, simplemente. Ejemplo suficiente nos lo proporciona la forma *alemana* que allí adoptan los problemas contemporáneos, cómo nuestra historia, a la manera del recluta torpe, no ha tenido hasta el momento otra misión que practicar y repetir los ejercicios ya trillados.

Consiguientemente, si *todo* el desarrollo de Alemania no se saliese de los marcos de su desarrollo *político*, un alemán sólo podría, a lo sumo, participar de los problemas del presente a la manera de cómo puede participar en ellos un ruso. Pero, si el individuo suelto no se halla vinculado por las ataduras de la nación, mucho menos liberada se ve todavía la nación entera por la liberación de un individuo. Los escitas no avanzaron un solo paso hacia la cultura griega porque Grecia contase con un escita entre sus filósofos.<sup>5</sup>

Afortunadamente, los alemanes no somos escitas.

Del mismo modo que los pueblos antiguos vivieron su prehistoria en la imaginación, en la *mitología*, nosotros, los alemanes, también hemos vivido nuestra prehistoria en el pensamiento, en la *filosofía*. Somos contemporáneos filosóficos del presente, sin ser sus contemporáneos *históricos*. La filosofía alemana es la prolongación ideal de la historia de Alemania. Por lo tanto, si en lugar de las *oeuvres incomplètes* de nuestra historia real, criticamos las *oeuvres posthumes* de nuestra historia ideal, la *filosofía*, nuestra crítica figura en el centro de los problemas de los que el presente dice *that is the question*. Lo que en los pueblos es la ruptura *práctica* con las situaciones del

<sup>4</sup> Marx utiliza aquí el término *listig*, en un doble sentido, haciendo un juego de palabras que se basa en la simultánea utilización de la derivación de *List*: Friedrich List (1789-1846), conocido economista alemán, teórico del proteccionismo.

<sup>5</sup> Marx alude aquí al filósofo Anacarsis (siglo IV a.C.), escita.

estado moderno, en Alemania, donde esas situaciones ni siquiera existen, ante todo, es la ruptura crítica con el reflejo filosófico de dichas situaciones.

*La filosofía alemana del derecho y del Estado* es la única historia alemana que se halla, *al pari*<sup>6</sup> con el presente oficial moderno, por eso el pueblo alemán no tiene más remedio que incluir también esa historia suya, hecha de sueños, en el estado social existente y someter a crítica no sólo ese estado social existente, sino también, simultáneamente, su prolongación abstracta. El futuro de este pueblo no puede limitarse ni a la negación directa de su orden jurídico estatal real ni a la ejecución inmediata del ideal de su Estado y de su derecho, ya que la negación directa de sus condiciones reales va implícita ya en su orden ideal y la realización inmediata de su orden ideal casi ha sido superada ya, en la contemplación de sus pueblos vecinos. De modo que tiene razón el partido político práctico alemán al reclamar la *negación de la filosofía*. Su error no consiste en dicha reivindicación, sino en detenerse en su mera exigencia, que ni realiza ni puede realizar seriamente. Cree llevar a cabo aquella negación por el hecho de volver la espalda a la filosofía y mascullar acerca de ella, mirando para otro lado, unas cuantas frases banales y malhumoradas. El limitado carácter de sus horizontes no incluye tampoco a la filosofía, ni siquiera en el ámbito de la realidad alemana, y eso cuando no llega a considerarla *por debajo* de la praxis alemana y de las teorías de las que se sirve. Se exige una trabazón con los gérmenes reales de la vida, pero se olvida que el germen real de la vida del pueblo alemán sólo ha brotado hasta ahora bajo su *bóveda craneana*. En una palabra, *no podéis superar la filosofía sin realizarla*.

Y el mismo error, solo que en términos contrarios, lo ha cometido también el partido político *teórico*, que arrancaba de la filosofía.

Ese partido, en la lucha actual sólo veía la *lucha crítica de la filosofía con el mundo alemán*, sin pararse a pensar que la *filosofía anterior* pertenecía a su vez a este mundo y era su *complemento*, siquiera fuese su complemento ideal. Mostraba una actitud crítica ante la parte contraria, pero adoptaba un comportamiento no crítico para consigo misma, ya que arrancaba de las *premisas de la filosofía* y, o bien se detenía en sus resultados adquiridos, o bien presentaba como postulados y resultados directos de la filosofía los postulados traídos de otra parte, a pesar de que estos suponiendo que fuesen legítimos sólo pueden mantenerse en pie, por el contrario, mediante la negación de la *filosofía precedente*, de la filosofía en cuanto tal filosofía. Nos reservamos el tratar más a fondo sobre este partido. Su principal defecto puede resumirse así: *creía poder realizar la filosofía sin eliminarla*.

*La crítica de la filosofía alemana del derecho y del estado* que ha encontrado en Hegel su expresión última, la más consecuente y la más rica, es ambas cosas a la vez: tanto el análisis crítico del Estado moderno y de la realidad que a él se refiere, como la resuelta negación de todo el modo anterior de la *conciencia política y jurídica alemana*, cuya expresión más noble, más universal, elevada a ciencia, es precisamente la misma filosofía especulativa del derecho. Si la *filosofía especulativa del derecho*, esa imagen abstracta y superabundante del Estado moderno cuya realidad sigue siendo un más allá, aunque este más allá se encuentre apenas al otro lado del Rin, sólo podía darse en Alemania; a su vez, y a la inversa la imagen alemana, conceptual del Estado moderno, abstraída del hombre real, sólo era posible porque y en cuanto que el mismo Estado moderno se abstrae del *hombre real* o satisface al hombre *total* de un modo puramente imaginario. En política, los alemanes *han pensado* lo que otros pueblos *han hecho*. Alemania era su conciencia teórica. La abstracción y la arrogancia de su pensamiento corría siempre pareja con la limitación y la pequeñez de su realidad. Por lo tanto, si el

---

<sup>6</sup> En italiano en el texto.

*status quo* del *Estado alemán* expresa la *perfección del antiguo régimen*, la consumación de la pica clavada en la carne del Estado moderno, el *status quo* de la *conciencia del Estado alemán*, expresa la *imperfección del Estado moderno*, la falta de solidez de su carne misma.

Ya en cuanto resuelto adversario del modo anterior de la conciencia política alemana, se orienta la crítica de la filosofía política del derecho, no hacia sí misma, sino hacia *tareas* para cuya solución no existe más que un medio: *La práctica*.

Nos preguntamos: ¿Puede llegar Alemania a una práctica *à la hauteur des principes*, es decir, a una *revolución* que la eleve, no sólo al *nivel oficial* de los pueblos modernos, sino a la altura *humana* que habrá de ser el futuro inmediato de esos pueblos?

Evidentemente, el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que la fuerza material tiene que derrocar mediante la fuerza material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra *ad hominem*, y argumenta y demuestra *ad hominem*, cuando se hace radical, ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz para el hombre, es el hombre mismo. La prueba evidente del radicalismo de la teoría alemana y, por lo tanto, de su energía práctica, consiste en saber partir de la decidida superación *positivista* de la religión. La crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el *hombre es la esencia suprema para el hombre* y, por consiguiente, en el *imperativo categórico de invertir todas las relaciones* en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable, relaciones que no cabría pintar mejor que con aquella exclamación de un francés al enterarse de que existía un proyecto para crear un impuesto sobre los perros: ¡Pobres perros! ¡Quieren tratarlos como si fuesen personas!

La misma emancipación teórica, en Alemania y desde un punto de vista histórico, tiene un interés específicamente práctico. El pasado revolucionario de Alemania es, en efecto, un pasado histórico: es la *Reforma*. Como entonces en el cerebro del *fraile*, la revolución comienza ahora en el cerebro del *filósofo*.

*Lutero* venció, efectivamente, a la servidumbre por la devoción, porque la substituyó por la servidumbre en la convicción. Acabó con la fe en la autoridad, porque restauró la autoridad de la fe. Convirtió a los curas en seglares, porque convirtió a los seglares en curas. Liberó al hombre de la religiosidad externa, porque erigió la religiosidad en el hombre interior. Emancipó de las cadenas al cuerpo, porque cargó de cadenas el corazón.

Pero si el protestantismo no fue la verdadera solución, si llegó a ser el auténtico planteamiento del problema. Ahora ya no se trataba de la lucha del laico contra el cura, es decir, contra algo que estaba *fuera de él*, sino de la lucha contra *el propio cura interior*, contra su naturaleza de cura. Y si la transformación protestante del seglar alemán en cura emancipó a los papas seglares, a los *príncipes* con toda su clerecía, a los privilegiados y a los filisteos, la transformación filosófica de los alemanes *curescos* en hombres emancipará al pueblo. Pero, del mismo modo que la emancipación no se detuvo en los príncipes, tampoco la secularización de los bienes se detendrá en el *despojo de la iglesia*<sup>7</sup>, llevada a cabo, fundamentalmente, por la hipócrita Prusia. La guerra de los campesinos<sup>7</sup>, el hecho más radical de la historia alemana, se estrelló en su día contra la teología. Hoy,

---

<sup>7</sup> La guerra de los campesinos estalló en la Alemania centromeridional entre los años 1525-1526: los motivos que originaron la revuelta de los habitantes del campo contra los nobles y burgueses de las ciudades fueron económicos, espirituales y teológicos: de gran importancia fueron las exigencias comunizantes de Thomas Münzer (1488-1525) Cfr. Friedrich Engels, *La guerra de los campesinos en Alemania* [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov. EIS] y Ernst Bloch, *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, Ciencia Nueva, Madrid 1968.

que la misma teología ha fracasado, el hecho más servil de la historia alemana, nuestro *status quo*, se estrellará contra la filosofía. En vísperas de la Reforma, el siervo más sumiso de Roma era la Alemania oficial. En vísperas de su revolución, es el siervo más sumiso de algo menos que Roma, de Prusia y Austria, de los hidalgüelos rurales y los filisteos.

Sin embargo, parece ser que existe una dificultad fundamental que impide la revolución alemana *radical*.

Las revoluciones necesitan, en efecto, de un elemento *pasivo*, de una base *material*. En cualquier pueblo, la teoría se realiza sólo en la medida en que supone la realización de sus necesidades. Ahora bien ¿Corresponderá al inmenso divorcio existente entre los postulados del pensamiento alemán y las respuestas de la realidad alemana el mismo divorcio que existe entre la sociedad alemana, el Estado y ella misma? ¿Serán las necesidades teóricas necesidades directamente prácticas? No basta con que el pensamiento acucie hacia su realización; es necesario que la misma realidad acucie hacia el pensamiento.

Pero Alemania no ha escalado simultáneamente con los pueblos modernos las fases intermedias de la emancipación política. No ha llegado siquiera, prácticamente, a las fases que teóricamente ha superado. ¿Cómo podría, de un *salto mortale*<sup>8</sup> remontarse no sólo sobre sus propios límites, sino al mismo tiempo sobre los límites de los pueblos modernos, sobre los límites que en la realidad debía sentir y a los que debía aspirar como a la emancipación de sus límites reales? Una revolución radical, sólo puede ser una revolución de necesidades radicales, cuyas premisas y cuyos orígenes parecen cabalmente faltar.

Sin embargo, si bien es cierto que Alemania sólo ha acompañado con la actividad abstracta al desarrollo de los pueblos modernos sin llegar a tomar parte activa en las luchas reales de ese desarrollo, no lo es menos que, por otro lado, ha compartido los sufrimientos de ese mismo desarrollo sin participar de sus ventajas ni de su parcial satisfacción. A la actividad abstracta corresponde la contrapartida del sufrimiento abstracto. De forma que, una buena mañana Alemania se encontrará al nivel de la decadencia europea antes de haber llegado a encontrarse nunca al nivel de la emancipación europea. Podríamos compararla a un *adorador de los ídolos* que agonizara, víctima de las dolencias del cristianismo.

Fijémonos en primer lugar en los *gobiernos alemanes*, y los veremos empujados por las condiciones de la época, por la situación de Alemania, por el punto de vista de la cultura alemana y, finalmente, por su propio y certero instinto, a combinar los *defectos civilizados del mundo de los estados modernos*, de cuyas ventajas no gozamos, con los *defectos bárbaros del antiguo régimen*, de los que podemos jactarnos hasta la saciedad, de tal modo que Alemania, si no en la racionalidad, por lo menos en la irracionalidad tiene que participar cada vez más de aquellas formaciones de Estado que quedan más allá de su *statu quo*. ¿Acaso hay, por ejemplo, en el mundo un país que comparta tan simplistamente como la llamada Alemania constitucional todas las ilusiones del Estado constitucional sin compartir sus realidades? ¿O no tenía que ser necesariamente una ocurrencia del gobierno alemán el asociar los tormentos de la censura con los tormentos de las leyes de septiembre<sup>9</sup> en Francia que presuponen la libertad de prensa? Así como en el Panteón romano se reunían los dioses de todas las naciones, en el Sacro Imperio Romano Germánico se reúnen los pecados de todas las formas de Estado. Y que este

---

<sup>8</sup> En italiano en el original.

<sup>9</sup> Las “leyes de septiembre” fueron promulgadas por el gobierno francés de Luis Felipe en 1835, como consecuencia de un atentado contra el rey. Limitaban la actividad de las cortes y proponían serias medidas contra la prensa.

eclecticismo llegará a alcanzar una altura hasta hoy insospechada lo garantiza, en efecto, la *gourmanderie*<sup>10</sup> *estético política* de un monarca alemán., que aspira a desempeñar, si no a través de la persona del pueblo, por lo menos en su propia persona, si no para el pueblo, por lo menos para *sí mismo*, todos los papeles de la monarquía, la feudal y la burocrática, la absolutista y la constitucional, la autocrática y la democrática. *Alemania, como la ausencia del presente político constituido en un mundo propio*, no podrá derribar las barreras específicamente alemanas sin derribar la barrera general del presente político.

El sueño utópico, para Alemania, no es la revolución radical, no es la emancipación *humana general*, sino, por el contrario, la revolución parcial, la revolución meramente política, la revolución que deja en pie los pilares del edificio. ¿Sobre qué descansa una revolución parcial, una revolución meramente política? En el hecho de que se emancipe *la parte de la sociedad burguesa* que instaura su dominación general, en el hecho de que una determinada clase emprenda la emancipación *general* de la sociedad, a partir de su *especial situación*. Esa clase libera al resto de la sociedad, pero sólo en el supuesto de que toda la sociedad se encuentre en la situación de esa clase, es decir, de que posea, por ejemplo, el dinero y la cultura, o de que pueda adquirirlo a su antojo.

Ninguna clase de la sociedad civil puede desempeñar ese papel sin provocar un momento de entusiasmo en sí y en la masa, momento durante el cual confraterniza y se funde con la sociedad en general, se confunde con ella y es sentida y reconocida como su *representante universal*, en el que sus pretensiones y sus derechos son, en verdad, los derechos y las pretensiones de la sociedad misma, en el que esa clase es realmente la cabeza social y el corazón social. Sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase en particular reivindicar para sí la dominación general. Y, para escalar esa posición emancipadora y poder, por lo tanto, explotar políticamente todas las esferas de la sociedad en interés de la propia esfera, no bastan por sí solos la energía revolucionaria ni el amor propio espiritual. Para que coincidan la *revolución de un pueblo* y la *emancipación de una clase en particular* de la sociedad civil, para que *una* clase valga por toda la sociedad, es necesario, por el contrario, que todos los defectos de la sociedad se condensen en una clase, que una determinada clase resuma en sí la repulsa general, sea la incorporación del obstáculo general; es necesario para ello que una determinada esfera social sea considerada como el *crimen notorio* de toda la sociedad, de tal modo que la liberación de esta esfera aparezca como la autoliberación general. Para que un estado sea *par excellence* el estado de liberación, es necesario que otro estado sea el estado de sujeción por antonomasia. La significación negativa general de la nobleza y la clerecía francesas condicionó la significación positiva general de la clase primeramente delimitadora y contrapuesta de la *burguesía*.

Pero cualquiera de las clases de Alemania carece de la consecuencia, el rigor, el arrojo, de la intransigencia capaces de convertirla en el representante negativo de la sociedad. Y todas ellas carecen, asimismo, de esa grandeza de alma que pudiera identificar a una, aunque sólo fuese momentáneamente, con el alma del pueblo, de esa genialidad que infunde a la fuerza material el entusiasmo del poder político, de esa intrepidez revolucionaria que arroja a la cara del enemigo las retadoras palabras: *¡No soy nada, y debiera serlo todo!* El fondo básico de la moral y la honradez alemanas, y no sólo de los individuos, sino también de las clases, es más bien ese *modesto egoísmo* que hace valer y permite que otros hagan valer contra ellos sus propias limitaciones. Por eso, la relación existente entre las diversas esferas de la sociedad alemana no es dramática, sino épica. Cada una de ellas comienza a sentirse y a hacer llegar a las otras sus pretensiones, no cuando se ve oprimida, sino cuando las circunstancias del momento, sin intervención

---

<sup>10</sup> Glotonería; en francés en el original.



suya, crean una base social sobre la que ella, a su vez, pueda ejercer presión. *Hasta el mismo amor propio moral de la clase media alemana* descansa sobre la conciencia de ser el representante general de la filistea mediocridad de todas las demás clases. No son, por lo tanto, solamente los reyes alemanes, que llegan al trono *mal à propos*, sino todas las esferas de la sociedad civil que sufren su derrota antes de haber festejado la victoria, las que desarrollan sus propios límites antes de haber saltado por encima de los límites que a estos se oponen, que hacen valer su pusilanimidad antes de que hayan podido hacer valer su arrogancia, de tal modo que hasta la oportunidad de llegar a desempeñar un gran papel desaparece antes de haber existido, y cada clase, tan pronto como empieza a luchar con la clase que está por encima de ella, se ve enredada en la lucha con la que está debajo. De aquí que los príncipes se hallen en lucha contra la burguesía, los burócratas contra la nobleza y los burgueses contra todos ellos, mientras el proletario comienza a luchar contra el burgués. La clase media no se atreve siquiera, desde su punto de vista, a concebir el pensamiento de la emancipación, y ya el desarrollo de las condiciones sociales, lo mismo que el progreso de la teoría política, se encargan de revelar este mismo punto de vista como algo anticuado o por lo menos problemático.

En Francia, basta con que alguien sea algo para que quiera serlo todo. En Alemania, nadie puede ser nada si no quiere verse obligado a renunciar a todo. En Francia, la emancipación parcial es el fundamento de la emancipación universal. En Alemania, la emancipación universal es la *conditio sine qua non* de toda emancipación parcial. En Francia, es la realidad de la liberación gradual, en Alemania su imposibilidad, la que tiene que engendrar la libertad total. En Francia, cualquier clase del pueblo es políticamente idealista, sintiéndose, ante todo, no como una clase especial, sino como representante de las necesidades sociales en general. Por eso, el papel de *emancipador* pasa por turno, en un dramático movimiento, a las diferentes clases del pueblo francés, hasta que llega a la clase que no realiza ya la libertad social, no ya bajo el supuesto de determinadas condiciones extrañas al hombre y, sin embargo, creadas por la sociedad humana, sino que organiza más bien todas las condiciones de la existencia humana bajo el supuesto de la libertad social. Por el contrario, en Alemania, donde la vida práctica tiene tan poco de espiritual como la vida espiritual tiene de práctica, ninguna clase de la sociedad burguesa, siente la necesidad, ni tiene capacidad para la emancipación general hasta que se ve obligada a ello por la situación inmediata, por la necesidad *material*, por sus *mismas cadenas*.

¿Dónde reside, entonces, la posibilidad positiva de emancipación alemana?

*Respuesta:* en la formación de una clase con *cadenas radicales*, de una clase de la sociedad civil que no sea una clase de la sociedad civil; de un estado que sea la disolución de los estados; de una esfera que posea un carácter universal por lo universal de sus sufrimientos, y que no reclame para sí ningún derecho *especial*, puesto que, contra ella no se ha cometido ningún desafuero en particular, sino el desafuero *en sí, absoluto*. Una clase a la que le resulte imposible apelar a ningún título *histórico*, y que se limite a reivindicar su título *humano*. Que no se encuentre en contradicción unilateral con sus consecuencias, sino en omnilateral contraposición con las premisas del Estado alemán; de una esfera, finalmente, que no pueda emanciparse sin emanciparse en el resto de las esferas de la sociedad y, simultáneamente, emanciparlas a todas ellas; que sea, en una palabra, la *pérdida completa* del hombre. Esta descomposición de la sociedad, en cuanto clase particular, es el *proletariado*.

El proletariado comienza a existir en Alemania a través del movimiento *industrial* naciente, puesto que lo que forma el proletariado no es la pobreza *nacida naturalmente*, sino la pobreza *artificialmente provocada*, no se trata de la masa humana mecánicamente agobiada por el peso de la sociedad, sino la que brota de la *aguda disolución* de ésta, y

preferentemente de la disolución de la clase media, aunque gradualmente, como puede comprenderse, vayan incorporándose también a sus filas la pobreza natural y los siervos cristiano germánicos de la gleba.

Cuando el proletariado proclama la *disolución del orden universal precedente*, no hace más que pregonar el *secreto de su propia existencia*, ya que él es la disolución de *hecho* de ese orden universal. Cuando el proletariado reclama la negación de la *propiedad privada*, no hace más que elevar a *principio de la sociedad*, lo que la sociedad ha elevado a principio *suyo*, lo que ya está personificado en *él*, sin intervención suya, como resultado negativo de la sociedad. De modo que el proletariado se encuentra asistido, con respecto al mundo en que surge, de la misma razón que asiste al *rey alemán* con respecto al mundo existente cuando llama al pueblo *su* pueblo, como al caballo, *su* caballo. El rey, cuando proclama al pueblo propiedad privada suya, se limita a expresar que el propietario privado es rey.

Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*, y tan pronto como el rayo del pensamiento muerda a fondo en ese candoroso suelo popular, se llevará a cabo la emancipación de los *alemanes* en cuanto *hombres*. Resumiendo y concluyendo:

La única liberación prácticamente posible de Alemania es la liberación, desde el punto de vista de la teoría, que declara al hombre su suprema esencia. En Alemania, la emancipación de la *Edad Media* sólo puede llevarse a efecto como emancipación simultánea de las superaciones *parciales* de la Edad Media. En Alemania no puede abatirse *ningún* tipo de servidumbre sin abatir todo tipo de servidumbre en general. La *meticulosa* Alemania no puede revolucionar sin revolucionar desde el *mismo fundamento*. La *emancipación del alemán es la emancipación del hombre*. La *cabeza* de esta emancipación es la *filosofía*, su *corazón* es el *proletariado*. La filosofía no puede llegar a realizarse sin la abolición del proletariado, y el proletariado no puede abolirse sin la realización de la filosofía.

Cuando se cumplan todas estas condiciones interiores, el *canto del gallo galo* anunciará el *día de resurrección de Alemania*.

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)